Comentario de Libros

LA GUERRA Y LA PAZ

Por

Ladislao D'HAINAUT F.

Capitán de navío, Armada de Chile

"LA GUERRA y la Paz" de León Tolstoy, generalmente es leída en sus versiones resumidas de un tomo.

La novela en realidad consta de seis, y una excelente versión de ella es la de Florentino M. Torner, Colección Málaga, México, 1943.

Para quien conozca la obra completa, cualquiera de las resumidas pasa a ser como la caricatura de aquélla, así como quien sólo lea la breve, no podrá darse cuenta de lo magistral de este libro.

En el Tomo VI y a partir del segundo epílogo, Tolstoy formula interesantes conceptos sobre el poder.

Este artículo trata de despertar interés sobre lo que reflexionó el gran escritor en relación a la guerra, que tan bien describe, y especialmente la campaña que culminó con Austerlitz y la invasión de Rusia en 1812 por el Gran Ejército.

No he tenido oportunidad de leer que algún escritor militar haya incluido a Tolstoy entre los pensadores sobre la guerra; más aún, sobre lo señalado precedentemente, esto es el Poder, su constitución, su forma de ejercerse, sus misterios, lo

que impulsa a las naciones, etc. Obviamente, él se remite en particular al caso de Napoleón y al zar Alejandro I, pero mucho de lo que allí infiere puede ser de aplicación general.

Conviene recordar que Tolstoy fue militar y participó en la guerra de Crimea. Basta leer su novela "Sebastopol", para darse cuenta que vivió la guerra, no sólo la vio u observó.

Analizar en profundidad el pensamiento de Tolstoy sobre la Guerra, la Paz y el Poder, sería tal vez motivo de cuidadosa reflexión al intentar juzgar o siquiera pronunciarse sobre la validez o falacia, o errores de sus conceptos. No es eso lo que me anima, y en consecuencia, y reiterando la idea inicial, de más bien despertar curiosidad por su lectura, es que procuraré verter algunos aspectos de la materia que señalo, convencido, además, que la obra original es de utilidad para todos los hombres de armas, y más todavía, cuando se está en el difícil Arte de gobernar.

Sostiene Tolstoy que "Napoleón hizo la guerra a Rusia porque no pudo resistir la tentación de ir a Dresde, ni evitar que se le subieran a la cabeza los homenajes que allí se le hicieron, ni reprimir el deseo de vestir un uniforme polaco, ni ceder a la estimulante influencia de una mañana de junio".

"Que Alejandro se opuso a toda clase de negociaciones porque se sentía personalmente insultado. Que Barclay de Tolly se esforzó en dirigir las tropas en la mejor forma posible, para cumplir así con su deber y conquistar fama de gran estratega. (Pág. 123, Tomo IV, Cap. I). Que todos, emperadores y súbditos suponían que sabían lo que estaban haciendo, y que lo hacían por sí mismos; pero, en realidad, eran instrumentos irresponsables de la historia y ejecutaban un trabajo que ellos mismos no podían comprender, pero comprensible para nosotros".

"Tal es el inevitable destino de los hombres de acción, que son tanto menos libres cuanto más altos se hallan situados en la jerarquía social".

Tolstoy admite que todos los ejércitos de Europa "tenían" que hundirse en las profundidades de Rusia y perecer allí. Bajo este aserto, todas las contradicciones, insensateces y atroces hazañas de los que tomaron parte en la guerra se hacen así comprensibles.

El resultado final fue el menos esperado por todos, pues "nadie" en aquel tiempo previó lo que "ahora" parece tan evidente. Nadie intentará discutir que la causa de la destrucción de las tropas fue, por una parte, su avance hasta el corazón de Rusia estando muy avanzado el verano, y sin preparación suficiente para una campaña de invierno, y por otra parte, el "carácter" que imprimió a la guerra el incendio de las ciudades rusas y el consiguiente odio que esto despertó en el "pueblo" contra el enemigo.

Pero nadie entonces previó lo que ahora parece tan claro; que era aquél el único en que el mejor ejército del mundo, mandado por el mejor general, podía ser destruido por un ejército bisoño, la mitad en número, y dirigido por jefes inexpertos. No sólo no vio esto nadie, sino que, "del lado ruso, se hizo todo lo posible por impedir lo único" que podía salvar a Rusia, mientras que del lado francés, a pesar de la experiencia de Napoleón, todos los esfuerzos tendieron al avance sobre Moscú a fines del verano, es decir, "a hacer lo más indicado" para que su ejército "pudiera ser destruido".

La batalla de Borodino ofreció la posibilidad del aniquilamiento de los ejércitos rusos y por ende la victoria. Sin embargo sostiene Tolstoy que no fue error de juicio de Napoleón no ordenar el empleo de la guardia, que habría resuelto a su favor decisivamente la batalla, sino más bien, que dada la carnicería de tan sangrienta lucha, ni uno ni otro ejército eran ya capaces de hacer ningún esfuerzo final.

Luego de los breves comentarios anteriores hechos someramente para ilustrar en parte el punto de vista de Tolstoy sobre aspectos de la lucha, nos remitiremos ahora al Poder.

¿Cómo se puede contestar la pregunta esencial de la historia: ¿Qué es el Poder? Sobre el tema, Tolstoy se extiende por todo el epílogo. Sin perjuicio de ello, esta preocupación aparece a través de toda la obra, tal como aparecen conceptos sobre la filosofía de la conquista, la guerra irregular, la guerra de guerrillas, las instancias en torno a los altos mandos, los roces y fricciones, las sorpresas, la moral, etc.

Aquí sólo me permitiré indicar, sucintamente y en forma no metódica, algunas de las reflexiones o conceptos vertidos por el autor sobre estos temas.

Los historiadores clásicos, tratando de describir la vida de una nación que es en sí misma evasiva, o parece evasiva, han centrado particularmente su atención sobre los actos de los individuos que la han gobernado, suponiendo que aquellos actos representaban la actividad de la nación entera.

Cuando a la persona del gobernante se le atribuía un poder proveniente de una voluntad divina, esto es, como ungidos o consagrados, tendría cierta explicación lógica que la voluntad de aquel hombre pudiera imperar sobre sus súbditos. Vendría a ser algo así como que por dicho origen divino los individuos quedaban sometidos a su voluntad.

La historia moderna abandonó las creencias de los antiguos, llegándose por lógica a las mismas conclusiones, pero por caminos diferentes; esto es:

Admitir:

1) Que las naciones están guiadas por los individuos y,
2) Que existe "un fin conocido" hacia el cual "tienden" las naciones y la humanidad.

Este fin, evidentemente puede ser, por ejemplo: engrandecimiento, para otro, libertad, para otros, igualdad o determinada imposición religiosa.

Lo cierto es que el mundo ha vivido presenciando movimientos pacíficos o armados de multitudes que van de un territorio a otro y viceversa; como es el mismo caso del agitadísimo período comprendido entre 1789 - 1815.

Pero ¿qué significa todo esto? ¿Cuál es la causa? ¿Qué es lo que obliga a estos hombres a incendiar y matar a sus semejantes?

El sentido común trata de encontrar la respuesta a estas preguntas; desde el punto de vista antiguo la explicación sería:

La divinidad, para premiar o castigar a su pueblo, dio el poder a Napoleón y dio su voluntad para la realización de los divinos propósitos.

Lo anterior haría muy inteligible y sin contradicciones esta respuesta, "pero en absoluto lo explica, para quienes dejaron de lado la cuestión de la divinidad".

Una y otra vez en el desarrollo del epílogo, Tolstoy va repitiendo la pregunta: ¿Qué es el Poder? y lo analiza desde uno y otro punto de vista, sin lograr algo que le satisfaga.

En una parte expone esto:

"Napoleón ordenó reclutar un ejército e ir a la guerra. Es tan familiar esta idea y parece tan lógica, que la pregunta de por qué tenían que ir a la guerra 600 mil hombres, era solamente porque Napoleón pronunciara ciertas palabras. Eso parece una estupidez. Napoleón "tenía el Poder" y, por consiguiente, "se hizo lo que ordenó". Esta respuesta es perfectamente satisfactoria "si creemos que es Dios quien le otorgó el poder".

Pero tan pronto "como lo negamos", es necesario decidir "qué es" ese poder que "un hombre" tiene sobre los demás.

No puede ser un poder físico directo de un hombre fuerte sobre otro débil. No puede fundarse tampoco en el efecto de una fuerza moral que algunos autores atribuyen al alma o intelecto de ciertos héroes o seres especiales que se llaman genios. Tampoco es una fuerza moral especial, puesto que individuos sin ninguna fuerza moral, o más débiles que cualquiera de los hombres a quienes gobernaban, lo consiguieron.

Si "la fuente" del poder "no está" ni en las cualidades físicas ni morales de los individuos que lo ejercen, "habrá entonces que buscarla fuera del individuo", en las relaciones existentes entre las masas gobernadas y los poseedores del Poder.

Desde un punto de vista del Derecho, el Poder viene a ser la voluntad "colectiva del pueblo, transferida" tácita o expresamente a los gobernantes elegidos por él. Pero aplicada a la historia, esa definición necesita su explicación.

El Derecho puede decir en detalle cómo en su opinión "debe o puede estar" constituido el poder, y lo que éste, inmutable o temporal "es"; pero acerca de lo que significan las "mutaciones" del poder en el tiempo no puede responder a "nada".

Hay tres formas como los historiadores explican las relaciones del pueblo con sus gobernantes:

1) O bien reconociendo que la voluntad de las masas se transfiere incondicionalmente al gobernante o gobernantes de su elección y que, por consiguiente, debe considerarse como una infracción al poder verdadero toda aparición de un poder nuevo, toda lucha contra el poder constituido.

2) O aceptando que la voluntad de las masas se transfiere a los gobernantes "condicionalmente", bajo condiciones "conocidas y definidas", y demostrando que todas las limitaciones, conflictos e incluso la destrucción de los poderes proceden del "no cumplimiento" por parte de los gobernantes de las condiciones bajo las cuales les fue otorgado el Poder.

3) O admitiendo que se transfiere condicionalmente la voluntad de las masas a los gobernantes, pero bajo "condiciones desconocidas e indefinidas", y que la aparición de varios poderes, como sus luchas y caídas, surgen solamente del cumplimiento más o menos completo por los gobernantes de aquellas condiciones desconocidas bajo las cuales se transfirió la voluntad de las masas de unos individuos a otros.

Sea como sea, y de acuerdo a las meditaciones que formula León Tolstoy, "estas transferencias" de la voluntad colectiva a los personajes históricos "no es satisfactoria" para contestar a la eterna cuestión: ¿Qué es el Poder? Sin embargo, para el conocimiento de los fenómenos, el hombre dispone, además del razonamiento abstracto, de la experiencia, por la cual comprueba los resultados del razonamiento. Y el poder "no es una mera palabra, sino que realmente existe".

Cuando se produce un acontecimiento, "siempre aparece un hombre o varios", por "cuya voluntad" se realiza aparentemente el mismo. El Poder, desde el punto de vista de la experiencia, es la relación existente entre la expresión de la voluntad de algún individuo y la ejecución de esa voluntad por otro hombre.

La relación del que manda a los que son mandados es precisamente lo que se llama poder.

De todas las agrupaciones en que los hombres se unen para una acción colectiva, una de las más sorprendentes y definidas es el ejército. Los más numerosos, los soldados, y que más toman parte directa en las acciones, hasta los muy escasos en los niveles supremos —que son los que toman parte más indirecta— y generalmente concentrados en una sola persona.

El soldado raso no da ninguna orden porque no tiene a quién dársela, mientras el general "cree que las da todas", pero solo da algunas, ya que en el intermedio del cono jerárquico hay muchísimos que las van recibiendo y a su vez impartiendo.

Todo cuanto ocurre coincide inevitablemente con algún deseo expreso y aparece como el cumplimiento de la voluntad de uno o varios hombres.

De sus innumerables deducciones, consideraciones y análisis del acontecer histórico, Tolstoy llega a las siguientes respuestas respecto a qué es el Poder y qué fuerza produce el movimiento de las naciones:

El Poder es la relación entre una persona determinada y otras en virtud de la cual, cuanto más exprese aquella persona opiniones, predicciones y justificaciones de la acción colectiva realizada, menos participa en toda la acción.

El movimiento de las naciones se debe principalmente a la actividad de todos los hombres que toman parte en los acontecimientos, que siempre se combinan en tal forma, que aquellos que tienen mayor participación directa en el acontecimiento, asumen la menor responsabilidad y viceversa.

Moralmente el que tiene el Poder parece ser la causa del acontecimiento. Físicamente lo son aquellos que se someten al Poder. Pero, como la actividad moral es inconcebible sin la física, la causa de un acontecimiento no se puede encontrar ni en la una ni en la otra, sino en la combinación de las dos.

El hombre cree ser libre y este sentimiento de libertad o libre albedrío se advierte a través de toda la historia, pero si la voluntad de todos los hombres fuera libre, es decir, si cada uno hiciera lo que se le ocurriera, entonces la historia habría sido una serie de accidentes sin relación entre sí.

Este aspecto de la libertad del hombre, desde el punto de vista moral y en relación al Poder, es de una importancia trascendental, y particularmente interesante en la disciplina militar en que puede, y se ha dado muchas veces el caso, verse confrontado a ejecutar acciones

que se oponen netamente a su conciencia, derivada de órdenes intrínsecamente malas o perversas.

En relación al Poder, la libertad del hombre puede nítidamente establecerse que es de dos clases, reiterando que el vínculo más fuerte, más indisoluble, más oneroso con otros hombres, es aquél que se designa con esa palabra Poder sobre los demás, que en su significado real es sólo la mayor dependencia de ellos. Puedo dejar de escribir si quiero, puedo levantar el brazo, dejar de leer, puedo pensar libremente en lo que se me ocurra y puedo probar que puedo hacer estas cosas.

"Si un perro ataca un niño no puedo evitar levantar la mano contra el perro; en una acción bélica no puedo dejar de atacar junto con los demás compañeros".

"No puedo evitar cerrar los ojos si me dirigen un golpe, etc.". Por lo tanto hay "dos clases" de acciones, unas que dependen de mi voluntad y otras que no dependen de ella".

Observando las condiciones en que se manifiesta nuestra mayor libertad, y nuestra mayor dependencia, advertimos que "cuanto más abstracta" es nuestra actividad, y "por lo tanto" menos relacionada con la actividad de otros sujetos, "más libre es", y por el contrario, cuanto más relacionada está nuestra actividad con la de otras personas, menos libre es.

A modo de conclusión y derivado parcialmente de lo escrito, aparece de enorme interés profundizar el estudio de la constitución íntima del Poder, a fin de determinar y procurar que éste corresponda lo más exactamente posible con las finalidades deseadas por la voluntad general colectiva de los gobernados, de suerte tal que se produzca de la manera más perfecta posible la coincidencia de la voluntad del gobernante con la voluntad colectiva de los que deben obedecerlo.

GUERRA Y SOCIEDAD EN CHILE

de Alvaro Jara

Por

Francisco Javier CUADRA Lizana

ESTE LIBRO fue escrito en 1957 y publicado cuatro años más tarde en francés por el Instituto de Altos Estudios sobre América Latina de la Universidad de París. Recién en 1971 salieron de las prensas de la Editorial Universitaria de nuestro país tres mil ejemplares de él en castellano. Hay doble motivo, pues, para lamentar la escasa difusión y poco conocimiento que los chilenos tenemos de esta obra.

El nombre del autor no figura entre los clásicos de nuestra historia porque pertenece a la generación de nuevos historiadores a que ya hemos hecho referencia en anteriores artículos, caracterizada por una mayor disposición de antecedentes y sistemas metodológicos de análisis muy desarrollados, especialmente por el enriquecimiento de la actividad interdisciplinaria de las diferentes ciencias sociales. El tema que aborda, tratado hasta hace poco desde otras perspectivas, es uno ineludible para quienes se hayan interiorizado un mínimo en el conocimiento del pasado nacional.

En la introducción a la edición francesa, Jara decía que "en el Chile de los siglos XVI y XVII sería difícil no percibir la absorbente temática bélica que parece dominar toda la sociedad. La guerra está presente en las crónicas, en los poemas, en las relaciones y en los documentos. Es

un motivo constante dentro de esa sociedad...". Así explica la razón de dedicar tanto tiempo y estudio al punto. El acierto que en ellos logra reside en la originalidad de su visión, propia de las corrientes más actualizadas a nivel mundial. El mismo nos dice que la idea central de su investigación "está informada por la búsqueda de la evolución en el tiempo de las formas bélicas, consideradas en una mayor amplitud que su solo aspecto material externo, en las cuales se reflejan las transformaciones que experimenta la sociedad, pero no una sociedad genérica, sino concreta y particularizada, con sus necesidades y exigencias propias".

De esta manera, fija determinadas vigencias que se constituyen en la clave interpretativa, según él, de tal período histórico. De ahí que las grandes líneas que descubre adquieran cierto carácter de permanencia que difícilmente se alterará con futuras investigaciones. Por el contrario, ellas pueden servir para completar y profundizar lo ya elaborado. Se podría admitir, incluso, que variaran el sentido tomado, pero sólo accidentalmente.

Un primer tema importante tratado por Jara es lo que ha denominado la implantación del régimen señorial español en territorio chileno. Se efectúa principalmente a través de la encomienda y satisface las aspiraciones del español del siglo XVI, que formaba parte del pueblo que escaso tiempo atrás había logrado liberar su suelo patrio de la dominación árabe, período en el cual se asentaron instituciones que luego se trasplantaron a América. Es muy claro para probar que gran parte de los primeros pobladores civilizados eran hidalgos de regular situación en España, por lo que al buscar mejores rumbos en estas tierras realizaron también sus sueños señoriales no fructíferos en Europa. Sin duda ése es un aporte bastante valioso y de proyecciones importantes porque cambia la creencia—no conocimiento, nótese— existente incluso hasta nuestros días.

Luego entra al estudio de las "partes" de la guerra chilena. Por separado trata el ejército indígena y el español. Se detiene mucho más en éste, tanto por la mayor importancia real que tuvo como por la abundancia de material al respecto. Por ello se extiende detenidamente en puntos tales como la conformación de la oficialidad y tropas; su grado de preparación y apoyo de abastecimiento: movilización, armamento y fortificaciones; y financiamiento de las operaciones militares. De sumo interés es la detención que hace en el progresivo fracaso del sistema bélico privado, forma inicial de la penetración y conquista de América, y la necesidad creciente de su reemplazo por el aporte estatal, traducido en la remesa del "real situado" desde el Perú y la adopción de la calidad del ejército nacional y permanente.

Finalmente, estudia el problema de la esclavitud con mucha profundidad, destacándose su situación real, la presión de la doctrina por legalizarla y, terminando, su legalización a comienzos del siglo XVII.

SIGMUND FREUD
El Maestro de la Sicología

Por
Rodrigo SERRANO Bombal
Teniente 2º RN Armada de Chile

LA OBRA extraordinaria de Sigmund Freud es —sin lugar a dudas— tema de estudio obligatorio para quien se adentra en el conocimiento del hombre, en su más amplio sentido.

Al talento indiscutido del célebre maestro de la Sicología, se agrega su particular agudeza y sensibilidad en la captación del acontecer vital del individuo, capaci-

dad que le permitió estructurar magistralmente su formulación personal del funcionamiento del aparato síquico, las relaciones de éste con su medio y las necesarias interconexiones entre los mundos sicológicos de los distintos seres, ya normales o enfermos.

Largos años de paciente y riguroso estudio, en los que no estuvo ausente el fracaso o la desilusión, hicieron posible el nacimiento de la teoría sicoanalítica, una de las escasas visiones globales, coherentes y científicas en materia de sicología individual.

El genio freudiano hizo posible una concepción de la vida intrasíquica en la que todos los elementos encajan plenamente, en una suerte de rompecabezas con varias soluciones correctas y en cuya construcción intervienen los más diversos factores, ya provenientes del individuo mismo, como de su ambiente temprano, y en cuyo desarrollo el hombre va ejercitando variados y complejos mecanismos adaptativos, siempre tendiendo a la conservación de un equilibrio interno de contornos muy personales, pleno de matices y semitonos, original e irrepetible.

Por encima de las consideraciones específicamente técnicas, en las que —por motivos evidentes— no podemos entrar en un comentario breve, se destaca con particular brillo el hecho mismo del tipo de enfoque que Freud plantea para el estudio del ser humano. Es la suya una visión trascendente del ser, ajena y superior a la limitante corporal o —en sentido más amplio— a lo solamente material. En este aspecto la teoría sicoanalítica se halla infinitamente distante de modernas formulaciones mecanicistas que reducen la actividad sicológica humana al aprendizaje automático de conductas provenientes de complejas y sofisticadas cadenas de estímulos y respuestas. La contemplación del mundo de nuestros días, inmerso en el materialismo y la tecnocracia, nos hará, sin duda, mirar con comprensión a quienes impedidos, por cualquier motivo, de liberarse de su instrumentalización, han adoptado tales concepciones sobre la vida del hombre.

Los postulados del sicoanálisis, en cambio, han dotado a la individualidad de prolongaciones y proyecciones que, surgiendo de las profundidades del ser —desde sus primeras horas de vida— atraviesan toda suerte de obstáculos, naturales y prefabricados, para continuar un desarrollo que siempre está sometido a la posibilidad del enriquecimiento y, eventualmente, el quiebre. En ese transcurrir vital, el hombre elabora sus defensas, busca salida a los impulsos instintivos, canaliza la energía de su Yo, reprime, se identifica o sublima, en suma, despliega de modo original sus potencialidades en el ejercicio pleno de su libertad personal, dentro de los marcos naturales aceptados y compartidos por la sociedad en que vive.

Los escritos de Sigmund Freud, ya los propiamente teóricos como los derivados de su práctica clínica, son un fiel reflejo de toda una vida dedicada, con seriedad, a la investigación del aparato síquico. Su posición, por ello, es de una auténtica consecuencia, sólidamente enclavada en una visión del ser humano que otorga su justa importancia a lo espiritual y a lo material, a la vez que irrenunciablemente comprometida con la ortodoxia científica.

Su obra ha pasado a la posteridad como un hito principal en la marcha por el complejo mundo de la Sicología, camino a una cada vez mejor comprensión del hombre y sus problemas.